

Maya Goded, fotografía de un andar



Fotógrafa de la sexualidad femenina, la violencia de género, las mujeres sanadoras y defensoras de su territorio, cuya negativa a someterse representa una amenaza para las normas establecidas por los conceptos de poder y control, Goded se cuestiona permanentemente sobre las ideas preconcebidas.

Su esfuerzo por revelarnos realidades poco conocidas, su talento para celebrar la otredad y una humanidad que trasciende las barreras sociales, han hecho a su obra fotográfica merecedora de premios y reconocimientos internacionales.

Plaza de la Soledad, su primer largometraje documental (hoy está estrenando, en colaboración con Rossini, Hernández Cordón y Nuria Ibáñez, Ciudad) tuvo su estreno internacional en el Sundance Film Festival, recibió diversos reconocimientos en todo el continente, y a partir de entonces ha estado pensando en volver a rodar otra película, pero también en robustecer sus instalaciones fotográficas con diversos medios.

De esto y otras intimidaciones inesperadas nos habla en una entrevista para Reflejos, a propósito de la fotografía de la portada de este número de Universidades, pieza elocuente sobre todas las temáticas de la fotógrafa, quizá una suerte de suma poética de su obra, que se muestra por primera vez aquí y que pertenece a un proyecto en plena construcción.

U Universidades. *Has dicho que te ha llegado a interesar “Todo lo que se hace para llegar a la fotografía, más que la fotografía en sí”. Siguiendo esa reflexión, ¿cómo decides tomar una fotografía, qué define el que la quieras tomar, capturar?*

Yo no veo a la fotografía foto por foto, de manera aislada, sino como un conjunto. La fotografía va muy relacionada a mi búsqueda personal, se vuelve una investigación sobre algún tema. Como el de la prostitución, por ejemplo, que se vuelve una reflexión del peso que hay en nuestra sociedad de cómo debe ser una buena y mala mujer, tabúes hacia la mujer mayor, del enganche hacia la violencia y cómo cíclicamente se va repitiendo y se va pasando de generación en generación, cómo se construye una relación de pareja de amor en medio de un entorno violento, regulado por el valor monetario...



Son temas que voy investigando, y a medida que voy avanzando voy fotografiando lugares, personas, lo que me vaya haciendo eco a estas preguntas. Para mí, la intuición tiene un peso muy grande, como si la mirada fuera mi guía por dónde continuar, por dónde seguir caminando.

En cualquier fotografía, aunque quiera ser objetiva, siempre se ve al fotógrafo. Lo que piensa, lo que siente. Lo que fotografiamos viene de lo que somos, de nuestra historia, de nuestros ancestros, nuestros anhelos, de nuestras frustraciones, de nuestros miedos, y a partir de ahí fotografiamos. La fotografía es un vehículo, una herramienta para irme moviendo en el mundo, ir entendiéndolo al mismo tiempo que yo me entiendo, a partir de preguntas que uno se hace.

Estas preguntas van cambiando a lo largo de la vida, pero van unidas, así es un cuerpo de trabajo. Desde la primera foto que tomé, hasta la última hay una evolución, hay un diálogo entre ellas. Cuando veo las fotos de mis alumnos voy entendiendo quiénes son, sus intereses, sus miedos, me encanta conocerlos a partir de su trabajo.

Cuando veo mis fotografías, desde las primeras hasta hoy, es como entablar una conversación conmigo misma, directa, sincera, y que viene de lo profundo del inconsciente.



U *Estuviste muy cerca de Graciela Iturbide, ¿en qué momento llegas con ella y cómo se refleja en tu obra ese trabajo que hiciste con ella?*

Un amigo tenía su teléfono y yo estaba empezando a fotografiar. Y de los trabajos de los fotógrafos mexicanos, el que más me gustaba era el de ella. Le llamé y le dije que tenía muchas ganas de conocerla. Y desde ahí entramos una relación que hemos seguido hasta hoy.

Justo después me dieron una beca del FONCA y ella era mi tutora, y por ahí hicimos más relación. Después me dijo que si la ayudaba como asistente y nos fuimos a Hungría, a un trabajo. Pero un día me advirtió: “Tú no vas a ser mi asistente porque eres una fotógrafa y tienes que trabajar en lo tuyo”, y desde ahí seguimos una amistad. Es madrina de mi hija, María.

Algo que me enseñó Graciela es que la fotografía es el cúmulo de muchos conocimientos, intereses, es la vida misma. Ella tiene una pasión por la música, la lectura, eso se siente en sus fotografías.



U *Trabajaste La Merced cerca de 20 años, ¿qué tanto te enseñó La Soledad?*

Yo llegué con un guion en la cabeza de lo que yo había leído, de lo que yo creía que era la prostitución, y la realidad era más amplia. Hay que estar abierta a que la realidad te cuestione, te tumbe tus tabúes para dejar ver lo que te muestra ella. Hay muchas narrativas para contar y todas son válidas, hay que decidir desde donde lo quieres contar.

Para empezar, nunca pensé que hubiera mujeres tan mayores que se dedicaran a la prostitución y que tuvieran clientes. Tampoco me imaginé que algunos hombres fueran clientes fieles a una mujer, que hicieran relaciones estrechas. Por eso me fascina trabajar con la realidad, porque te sorprende y te cambia la dirección de lo que habías pensado. Aprendí a ser cada vez más flexible con la vida.

Hay historias oficiales y hay muchas otras no contadas, a mí siempre me parecieron más interesantes las paralelas, las que te cuestionan, las que abren preguntas. Es desde ahí donde me interesa fotografiar, esas contradicciones que te hacen reflexionar, no las respuestas fáciles.

U *Entrañable también en tu obra y en tu vida es la Costa Chica mexicana. ¿Cómo nos describirías ese encuentro tuyo y tu cámara con la Tierra negra?*

Yo trabajaba en el Instituto Nacional Indigenista, y todos los fotógrafos, hombres, se peleaban por ir a la Lacandona, con los pueblos huicholes. Y a mí, por ser mujer, me relegaban a las zonas que estaban mas cerca de la Ciudad, o que nadie quería trabajar.

Un día me di cuenta que el Insitituo trabajaba con los pueblos afros y que nadie los estaba fotografiando. Yo crecí con muchas historias de estos pueblos por mi familia. Mi tío abuelo, piloto, que vino después de la Guerra Civil española, empezó a trabajar en la Costa Chica manejando avionetas, en las reuniones familiares siempre hablaba de los hermosos pueblos y su gente. Era mi tío el aventurero y su avioneta se estrelló ahí, ahí murió...

Y mi mamá, que es antropóloga, compró un libro que yo leí sobre esa zona. Fue cuando decidí proponerle a mi jefe, el antropólogo José del Val, un proyecto de investigación fotográfica sobre los pueblos afros. Entonces fui aprendiendo a construir, proponer mis propios proyectos, con base en mis intereses y buscar recursos para ir construyéndolos.



Cuando llegué al pueblo, todos me veían raro, pues era la única rubia, blanca, y por esos pueblos solamente las mujeres prostitutas son las que andan solas de pueblo en pueblo. Entonces lo primero que se me ocurrió fue ir con las autoridades a pedirles permiso, a presentarme y a explicarles mis intenciones. A la gente eso le gustó y después de un rato me volví la fotógrafa del pueblo, me invitaban si algo sucedía.

La zona siempre ha sido un tanto violenta hacia la mujer, los hombres se roban a caballo a las mujeres que les gustan, se las llevan al monte y tienen relaciones. Si son vírgenes se casan con ellas, y si no lo son, las regresan a sus familias y ningún hombre se va a querer casar con ellas. Por eso la señora con la que yo vivía se dormía en la cama conmigo, para que sus hijos no me robaran. Yo le decía, bromeando y en serio, que yo no era virgen, que si eso pasaba saliera corriendo a buscarme, que no se esperara a los cohetes.

Seguí las reglas de las mujeres como proteccion, pero también porque me divertía pasar tiempo con ellas. Me divertía su complicidad, y así fue que empecé a trabajar con mujeres. También ahí me di cuenta que me gustaba que la gente participara en la fotografía, conmigo.

Como cuando le dije a doña Julia, la mujer con la que vivía, que quería regalarle una fotografía, que la montara como quisiera. Al regresar a la casa

yo, después de salir a fotografiar, pusieron cumbia a todo volumen, sacaron anís y empezamos a beber. Doña Julia rodeada de todos sus nietos, con un tambo de agua en la cabeza, empezó a bailar y con el ritmo de la cumbia el agua se iba desparramando por el cuerpo, pegándole el vestido a sus curvas mientras todos los niños iban aplaudiendo a su abuelita. Pensé “Pues esto no se me iba a ocurrir a mí, esto es la sexualidad de una mujer costeña”. Por eso me gusta, jugar, interactuar. Es una hermosa forma de conocer al otro, a una cultura.

Hace poco volví a revisar ese trabajo y me di cuenta que desde entonces he estado buscando lo mismo. Ahí conocí a una mujer que era prostituta, todos los hombres la iban a ver y las mujeres del pueblo no acababan de aceptarla. Ella se había tenido que ir de su pueblo porque la habían violado y ya no era virgen.

También me encuentre con una mujer que se casó ya mayor, y estaba feliz, porque en esos pueblos o te casas joven o te vuelves una quedada. Además conocí a la curandera del pueblo, una mujer muy sabia. Son los temas que sigo fotografiando, se me han convertido en largas investigaciones desde perspectivas distintas.


U *Llegas al cine pero sigues siendo fotógrafa en tu película; ya articuladas tus imágenes con otros medios a tu alcance, ¿cómo vuelves a la fotografía luego de tu experiencia filmica?*

Me había cansado de la fotografía, estaba como un poco desilusionada, y me surgió una necesidad de contar una historia de La Merced, de la prostitución, pues siempre que enseñaba mis fotos, lo que más me gustaba era contarte lo que había detrás, también lo intenté en las exposiciones de distintas formas.

Pero ahora que regresé a la fotografía, veo cambios. Valoro mucho el espacio para ir investigando, para sorprenderme, para divagar en la fotografía, y eso me ayuda a profundizar. Me es más fácil porque paso mucho tiempo en la soledad, y no necesito encontrar tantos recursos.



Ahora, con esta investigación que estoy haciendo, en mi más reciente trabajo, están surgiendo ideas para guiones y tengo la ilusión de volver a hacer otro documental. Además de que pienso mis exposiciones no solo desde la foto, sino también con videoinstalaciones, desde el sonido. Se me abrió la cabeza de posibilidades para mi trabajo fotográfico.



U ¿Cómo llegas a la fotografía de nuestra portada, del número 87 de Universidades? ¿Qué historia hay de detrás de la joven retratada?

Me invitaron a conocer en Chiapas una organización de gente diversa, indígena, desplazados, taxistas, prostitutas... Gente muy pobre que ha tenido que invadir tierras para construir sus casas, colonias autónomas. Es parte del nuevo trabajo que estoy haciendo, sobre la defensa del territorio, el cuerpo de las mujeres y la sanación.

Entre mundo de gente, encontré esta familia indígena, que no hablaba español, y que por violencia de Estado había tenido que abandonar su casa, su pueblo. Eran cuatro mujeres, la mamá, sus dos hijas y la nieta. La mujer de la foto es la hija menor. Me llamó mucho la atención el dije que traía colgado en el cuello, me contó que había sido de su abuelo, de su familia, y que era el único recuerdo con el que se había quedado de su pueblo.